

CAUSALIDAD PSÍQUICA Y TOPOLOGÍA DE LA TARTAMUDEZ. CONSECUENCIAS CLÍNICAS

La tartamudez es una patología que viene de antiguo y la búsqueda del habla fluida se ha pretendido desde las formas más rudimentarias –introduciendo objetos en la boca o ejerciendo presión manual sobre algún objeto para aliviar tensiones mientras se habla-, pasando por intervenciones quirúrgicas sobre los órganos fonadores o a nivel cerebral, implantes de prótesis, tratamientos neurológicos y farmacológicos, logopédicos, psicoterapéuticos (arteterapia, terapias integrativas, transpersonales, humanistas, cognitivo-conductuales, psicoanalíticas, etc.), o por el desarrollo de dispositivos tecnológicos (DAF: retroalimentación auditiva demorada y FAF: retroalimentación auditiva alterada), sin olvidar los reiterados intentos para encontrar algún tipo de anomalía cromosómica que permitiera demostrar la etiología genética de la tartamudez.

No siendo descartable la existencia de factores hereditarios –estudios epidemiológicos así lo indican-, la presencia del tartamudeo en personas sin ningún precedente familiar, el hecho de que se registre con preferencia en los hijos menores-varones, que no lo haga en personas afectadas de ceguera congénita, es decir, privadas de mirada, ni en psicóticos, o que, en buena medida, se genere en función del interlocutor, lleva a cuestionar si tal herencia es necesariamente genética o si, por el contrario, podemos encontrar ante a una “construcción” en clave familiar/social –intersubjetiva- de la tartamudez”, es decir, frente a una conformación eminentemente cultural de la misma.

Entendiendo que el desarrollo evolutivo y madurativo del niño depende principalmente de la “calidad” de las relaciones intersubjetivas a nivel familiar, sobre todo en los primeros años de vida, resulta particularmente interesante realizar un breve recorrido por los procesos psíquicos estructurantes en la constitución del sujeto, con la expectativa de poder entender el dinamismo psíquico específico de la tartamudez y, en su caso, contribuir al mejoramiento de su enfoque clínico.

Abordaremos el “estadio del espejo” por su función determinante en la constitución del yo a través de una identificación alienante con la imagen especular; la “represión primaria” en relación con la alienación del sujeto en el lenguaje y con la formación del inconsciente; la “represión secundaria” por su efecto sobre las pulsiones oral, anal, escópica e invocante; la relación entre “alienación en el lenguaje” y “metáfora paterna” con resultado de anudamiento entre lo imaginario y lo simbólico; la “pulsión” como marca del encuentro con el Otro del lenguaje; el “fantasma” como efecto del deseo arcaico inconsciente y matriz de los deseos conscientes e inconscientes actuales; el objeto “a” como resto de la constitución del sujeto hablante en el lugar del Otro; el nudo borromeo en tanto formalización de la estructura del sujeto y del recorte de los goces que le atañen; y el “esquema L” como representación del funcionamiento y dinamismo de las relaciones intersubjetivas en sus conexiones con el lenguaje, proponiendo una variante adaptada a la tartamudez.

Seguidamente, partiendo de las operaciones de “alienación” y “separación” en tanto dan cuenta de la relación originaria entre el sujeto y el campo del Otro, decisivas en la conformación del sujeto por su acceso a lo simbólico, es decir, a la ley y al lenguaje, y de

sus posibles avatares, plantearemos una hipótesis sobre el dinamismo psíquico de la tartamudez y, para terminar, esbozaremos una representación topológica de la misma, partiendo de la figura del Toro, abriendo una reflexión sobre las implicaciones clínicas de estos planteamientos en el tratamiento de las disfemias.

El estadio del espejo y la dialéctica fálica

El inicio del complejo de Edipo se corresponde con el *estadio del espejo*, experiencia de *identificación* en la que el niño realiza la conquista de la imagen de su propio cuerpo. La identificación primordial del niño con la imagen del espejo promueve la estructuración del yo, poniendo término a la “fantasía del cuerpo fragmentado”, experiencia fantasmática cuya función es neutralizar la dispersión angustiante del cuerpo en favor de la unidad. La operación simbólica de preformación del yo en la fase del espejo presupone, paradójicamente, su destino de alienación en lo imaginario.

A través de la represión primaria el sujeto se adecua al Otro, alienándose en su lenguaje y siendo hablado por él, pasando a tomar unos significantes que no le pertenecen, poniendo su cuerpo para dar consistencia a las palabras del Otro. Se trata de una operación estructurante, simultánea e incluso equivalente a la formación del inconsciente, quedando la pulsión como marca de ese encuentro.

En esa línea, Freud ya planteaba que en lo inconsciente hay algo no afectado por la operatoria simbólica, que sería otra cosa que elementos significantes, relacionándolo con la pulsión,¹ pudiendo tratarse de cualquier objeto, con tal que la pulsión pueda contornearlo, darle la vuelta. Este objeto contorneado es el *objeto a*, al que nos referiremos más adelante.

Para Freud, las pulsiones -concepto formado por cuatro términos: empuje, meta, fuente y objeto-, en el límite entre lo anímico y lo somático, son siempre parciales y tienden a la reconstrucción de un estado anterior. La matriz de esta tendencia a la conservación correspondería al límite, al estado que precedió a la existencia de vida orgánica, es decir, el estado inanimado de la materia, confirmando que “la meta de toda vida es la muerte”.²

Para Lacan no se trata del dualismo pulsional vida/muerte, sino de un “trayecto” por la vida (*Aim*) que luego “muere a su manera” y una “ganancia” (*Goal*). Para él, la pulsión es “el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir”, entendiéndola como el efecto en el cuerpo del significante, el eco de una voz que resuena en los orificios del cuerpo: decir del Otro, que perfora, delinea, marca y se entromete por los agujeros, bordes del cuerpo impactados por la demanda del Otro, y que a su vez constituye dicho cuerpo.³ En ese sentido, la pulsión no es el inconsciente (lugar del deseo del Otro), sino que responde a la demanda del Otro como aquello que la pone en funcionamiento.

La partición del psiquismo como consecuencia de la represión primaria permite explicar la producción de procesos posteriores de represión, de manera que la represión secundaria, o represión propiamente dicha –ejercida sobre las pulsiones oral, anal, escópica e invocante,

¹ S. Freud, *Lo inconsciente*.

² S. Freud, *Más allá del principio del placer*.

³ J. Lacan. *El síntoma*.

ligadas a los orificios reales del cuerpo-, deviene posible en tanto lo reprimido secundariamente lo es por haber quedado asociado de alguna forma con lo reprimido primordialmente, que actúa como una fuerza de atracción.

Al salir de la fase identificatoria del *estadio del espejo* el niño, que se perfiló como sujeto, sigue manteniendo una relación de indiferenciación cercana a la fusión con su madre –lugar del lenguaje-, tratando de identificarse con lo que supone que es el objeto de su deseo: *deseo del niño como deseo de la madre*; poniéndose en la situación de hacerse objeto de lo que supone a ella le falta: *el falo*.

El núcleo del primer momento edípico queda definido por la identificación con el objeto fálico, en relación fusional con la madre, eludiendo la mediación de la castración al tiempo que convocándola en el terreno de una oscilación dialéctica: *ser o no ser el falo*; anunciando el segundo tiempo del Edipo.

La metáfora paterna y la alineación del deseo en el lenguaje

La mediación paterna -segundo momento del Edipo- es vivida por el niño como una intrusión, constituyendo una prohibición, fuente de *frustración* (acto imaginario que se refiere a un objeto real, la madre), viéndose obligado a cuestionar su identificación fálica y a renunciar a ser el objeto del deseo materno –también sometido a la *ley del padre*-, reconfigurando la relación madre-hijo-falo, con efecto estructurante para el sujeto en función de su posicionamiento subjetivo frente a la castración.

El segundo momento del Edipo es la condición indispensable que debe cumplir el niño para acceder a la simbolización de la ley. La madre que suscribe la enunciación de la ley paterna, al reconocer la palabra del padre como única susceptible de movilizar su deseo, atribuye también a la función del padre un lugar simbólico respecto al niño.

El tercer momento edípico, marcado por la simbolización de la ley a través de la *Metáfora Paterna*, permite la localización exacta del deseo de la madre y pone fin a la rivalidad fálica, posibilitando el dominio simbólico del objeto perdido, que constituye el signo indiscutible de acceso al lenguaje (acceso a lo simbólico).

A través de la Metáfora Paterna el niño se establece como “sujeto” y no ya solamente como “objeto” del deseo del otro. La aparición de ese sujeto se actualiza en una operación inaugural de lenguaje en la que el niño se esfuerza por designar simbólicamente su renuncia al objeto perdido, reprimiendo el significante fálico, es decir, el deseo de la madre, construyendo un punto de anclaje –anudamiento- entre lo imaginario y lo simbólico, con efecto estructurante para el sujeto.⁴

La represión originaria y la metáfora paterna aseguran el pasaje de lo real a su simbolización por el lenguaje, de forma que al nombrar al Padre -al utilizar el símbolo del lenguaje-, el niño sigue nombrando, de hecho, al objeto fundamental de su deseo, si bien lo

⁴ Conviene distinguir entre el *Sujeto del enunciado*, en relación con el discurso informativo, y el *Sujeto de la enunciación* que revela, más allá de los enunciados, la presencia de un sujeto. El sujeto del deseo debe ser localizado al nivel del sujeto de la enunciación.

hace metafóricamente porque ha sido desplazado hacia el inconsciente, pudiendo afirmarse que es el significante del Nombre del Padre el que inaugura la *alienación del deseo en el lenguaje* y, en lo sucesivo, el sujeto estará presente en su discurso a costa de mostrarse ausente en su ser, de forma que no sólo el sujeto no causa el lenguaje sino que es causado por éste, quedando eclipsado y dividido por su propio discurso.⁵

Identificación y objeto “a”: el fantasma

Para que la necesidad pura, ligada a la supervivencia, encuentre satisfacción mediante la formulación de una demanda, el sujeto consiente alienar su ser en las palabras del Otro, condicionándose a las respuestas que recibe e inscribiéndose bajo una identificación determinada, quedando separado de su ser original y marcado por el lenguaje. Para poder hablar y aparecer en el mundo del discurso el sujeto ha de perder una parte de sí mismo, quedando dividido: \$ (falta en ser).

La inscripción en el aparato simbólico del lenguaje (Otro del lenguaje), determina la introducción en el cuerpo tanto de las palabras como de su sentido, dejando huellas (identificación primaria). Correlativamente, en ese nuevo mundo repleto de mensajes y de significantes, el bebé construye una “red” asociativa que le permite interactuar con el Otro primordial (das Ding), donde el cuerpo ya no se limita a lo fisiológico sino que se abre a ese mundo a través de sus orificios, convirtiéndolos en “lugares de intercambio con el Otro”, de forma que esos lugares del cuerpo (boca, ano, ojos...) y los objetos que entran o salen a través de ellos, devienen en algo que excede lo puramente biológico, convirtiéndose en psíquicos (*objeto a*), como parte desprendida de la imagen del cuerpo, presentándose como sucedáneos de lo que se perdió para siempre, es decir, del aquel objeto inolvidable de una “mítica satisfacción primera”.

Ser hablado por el Otro tiene consecuencias en lo real del cuerpo: se delimitan zonas, bordes o cortes que a su vez se apoyan en los orificios naturales del cuerpo. El *objeto a* es el resto que queda de la constitución del Sujeto en el lugar del Otro, en tanto se constituye como ser hablante. Esta relación recíproca entre el Sujeto y el *objeto a* es representada por Lacan mediante la fórmula del fantasma: $\$ < > a$, es decir, la relación del sujeto del inconsciente (sujeto barrado: \$) con el objeto causa del deseo (*objeto a*), indicando una relación estable del sujeto con aquello que lo causa en su deseo y, por ende, lo divide.

El deseo del Otro llega al sujeto a través de la voz, llevándole a la pregunta ¿qué me quiere?, ¿para qué me quiere, qué objeto soy para su deseo? Una respuesta posible viene del lado del masoquismo moral: “tus deseos son órdenes” como modo de asegurarse un goce perverso, sin palabra. Otra, sádica, consistente en convertirse por la voz en instrumento del Otro, asegurándose el goce. Ambas, haciendo existir al Otro del lenguaje, que no a la articulación del lenguaje ya que, en cuanto significa y simboliza, es pérdida de goce. De ahí la afirmación lacaniana de que “la palabra es la muerte de la cosa”.⁶

⁵ Dor, Jöel. *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como un lenguaje*.

⁶ Jacques Lacan, en *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis (Escritos I)*, afirma: “Así el símbolo se manifiesta en primer lugar como asesinato de la cosa, y esta muerte constituye en el sujeto la eternización de su deseo”.

La constitución del *fantasma*, como acto de nacimiento del sujeto de deseo, responde a una forma de compensar la falta en ser y da cuenta de la sujeción originaria del sujeto al Otro, expresión última de la lógica del deseo. En lo sucesivo, el sujeto desaparece de su discurso (Lacan hablará de “desvanecimiento del sujeto”) pasando a encontrarse representado bajo la forma de un símbolo privilegiado (“yo”) a través de lo que J-A. Miller denomina “sutura”.

Inconsciente, pulsión y deseo

El inconsciente, estructurado como un lenguaje, se desliza en la cadena significativa y aparece como un corte para el sujeto, revelando que la discontinuidad es la forma esencial en que aparece.

La estructura del inconsciente es pulsátil: se abre y al momento se cierra, permitiendo plantear que el inconsciente se define al modo de una zona erógena, que también se abre y se cierra, que tiene estructura de borde, de orificio. Cuerpo e inconsciente se superponen en sus puntos de hiancia, de falta.

El lenguaje afecta y determina tanto el registro del deseo –fantasma- como el de la pulsión. Lacan escribe el *matema de la pulsión* como una relación entre el sujeto barrado y la demanda: $\$ \langle \rangle D$, de forma que la pulsión se encuentra articulada con el Otro de la palabra, el lugar del código.

Lacan plantea que la llamada “fijación” pulsional a determinados objetos o modos de satisfacción se corresponde con la “importancia especial” que conservaron determinados sistemas significantes (orales y anales), y cuando el sujeto encuentra tales significantes entra en juego la regresión, que sólo es regresión del discurso.

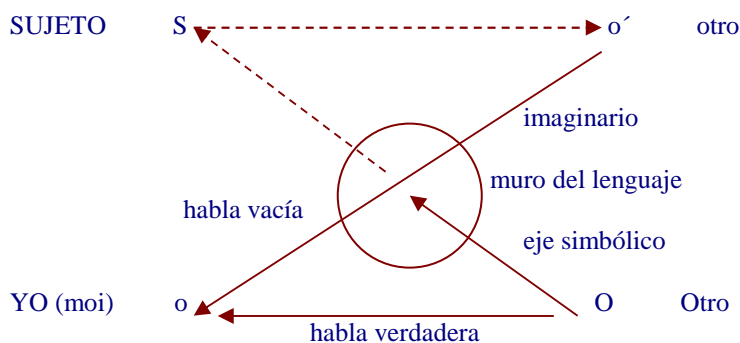
Tengamos en cuenta que más allá de la función de repetición a través del retorno de las cadenas significantes (*Automaton*), el concepto de *Tyché* muestra una forma de “conmemoración”, que no de rememoración, de algo que no puede ligarse a las redes significantes, inaccesible al recuerdo y no asimilado al aparato psíquico, que revela la estructura del deseo, funcionando como causa de aquello que retorna. Un algo que deriva de un mal encuentro con la sexualidad y que retroactivamente sitúa ante la castración.

El deseo se encuentra estructuralmente asociado a la falta de objeto, siendo posible su realización pero no su satisfacción por ser “excéntrico” a la misma. La pulsión está asociada a la satisfacción, si bien no de forma directa –instinto- sino pasando por el campo del Otro. El concepto de pulsión permite situar el deseo más allá de sus determinaciones significantes, en relación a su causa.

Deseo y pulsión son los articuladores clínicos fundamentales. Así, por ejemplo, en el campo de la neurosis, la histérica se identifica con un otro deseante como forma de sostener su propio deseo, no siendo fácil situar la demanda pulsional, mientras que la neurosis obsesiva se sitúa en la satisfacción pulsional prematura y en la dificultad del obsesivo para sostener su propio deseo frente al deseo del Otro.

Esquema L en la neurosis

El “esquema L” trata del funcionamiento de las relaciones intersubjetivas en sus conexiones con el lenguaje y las relaciones fundamentales que se establecen entre los ejes “imaginario” y “simbólico”, a los que Lacan considera en oposición en tanto se interfieren mutuamente, de modo que el mensaje inconsciente queda interrumpido o cortocircuitado constantemente por la relación imaginaria, formada por el “yo” y su semejante, el “otro”.



La relación que el sujeto mantiene consigo mismo está siempre mediatizada por la línea de ficción del eje imaginario ($o \leftarrow o'$), es decir, por la identificación especular, de forma que la relación de S y o (yo) depende de o' , e inversamente, la relación que el Sujeto mantiene con el otro (o'), su semejante, depende de “o”.

El vector que parte de O en dirección al eje imaginario conforma el eje simbólico, constituido a partir de lo que se recibe del Otro del lenguaje, e indica la realización simbólica del sujeto (S) o su coagulación. El plano secante $O \rightarrow S$ indica que cuando un sujeto verdadero se dirige a otro también real ocurre que en función de la división operada por el lenguaje se trata de un Yo que se da a conocer como un Yo distinto, pero semejante a él, produciéndose un inevitable diálogo de sordos.

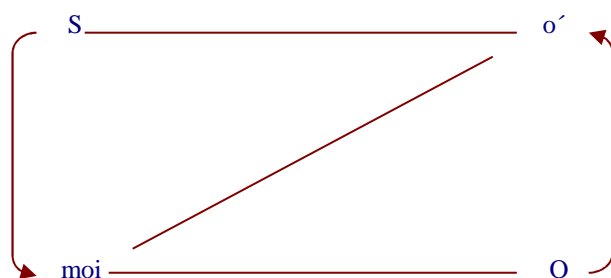
Se trata, entonces, de un sujeto (S) atrapado en las redes del lenguaje, sin saber lo que dice, no viéndose en ese lugar sino en “o” (Yo), alienado en el registro imaginario.

Lacan utiliza el “esquema L” para colocar la palabra en la dimensión intersubjetiva, diferenciando entre “palabra” y “lenguaje”, indicando que mientras la función de la primera es simbólica ($O \rightarrow o$), el uso del lenguaje ($o' \rightarrow o$) es imaginario. El lenguaje –palabra vacía- adquiere la función imaginaria en tanto objetiviza al sujeto como “yo”, es decir, en una “representación-imagen” de la que no puede liberarse. Por su parte, la palabra –habla plena- cumple la función de reconocimiento subjetivo oponiéndose a la función objetivante del lenguaje.

Esquema L en la psicosis

El “sujeto” en las psicosis –sujeto por alusión- carece de metáfora y por lo tanto de división. A falta de metáfora, su fundamento es la metonimia, la alusión, sostenida por dos significantes, como única vía de dirigirse al Sujeto no barrado en ausencia de castración.

El esquema L permite representar la dinámica del campo de la psicosis, donde la relación simbólica entre el Sujeto y el Otro no está establecida, faltando el Otro, viniendo o´ -el otro especular- a ocupar ese lugar faltante, quedando O reducido a la imagen especular, en tanto el sujeto sin barrar “S” se proyecta en “o”.⁷



En la paranoia, en tanto el delirante es invadido por lo imaginario en la misma medida en que se encuentra fuera de lo simbólico, el paranoico se esfuerza por simbolizar lo imaginario y, al no conseguirlo, construye con todo un solo sentido. Es como si el sujeto estuviera “cortado” del gran Otro, es decir, del lugar donde se produce la autentificación simbólica de su mensaje, de forma que el circuito de la palabra gira en torno a tres puntos (S, o, o´), registro estrictamente imaginario.

En las esquizofrenias el eje cortocircuitado es el $o \rightarrow o'$ de forma que el esquizofrénico, cortado de lo imaginario, está cautivo en un modo de comunicación directa con el gran Otro a través del eje $S \rightarrow O$.

Alienación y separación: vicisitudes

En el contexto del *estadio del espejo*, las operaciones de *alienación* –en el lenguaje- y *separación* tienen carácter estructurante y dan cuenta de la relación entre el campo del sujeto –en adelante dividido- y el campo del Otro, dando lugar a la formación del inconsciente, a la pulsión como marca de la separación, al *objeto a* como objeto causa del deseo y a la constitución del fantasma como acto de nacimiento del sujeto del deseo. Se trata, por tanto, de una fase crucial y referencial en la estructuración psíquica.

La alienación es la primera operación fundacional del sujeto en el campo del Otro, siendo de orden significante e implicando siempre una pérdida⁸. Relación en el campo del Otro, que implica una elección: si elegimos el ser (*el sujeto*), es decir, si el sujeto no pasa por los significantes del Otro, él mismo desaparece. Si pasamos por el campo del Otro (*el sentido*), hay sujeto y hay sentido, ya que el sentido, para producirse, necesita la articulación de ese par mínimo de significantes. Pero ese sentido no será pleno, porque en el cruce de ambos conjuntos se recorta un espacio que es la porción de sinsentido que se juega para el sujeto: el inconsciente.

⁷ Héctor Rúpulo, *Clínica psicoanalítica de la psicosis*

⁸ R. Chemama, *Diccionario de psicoanálisis*: “La cría humana... adelanta en un espejismo la maduración de su potencia... el yo va a conservar esta dimensión imaginaria: estará formado con la imagen de aquellos con los que su recorrido lo haya hecho identificarse”.

La separación es la operación que da término a la relación del sujeto con el Otro y se relaciona con la operación lógica de intersección, es decir, con lo que es común a los campos del Sujeto y del Otro: la presencia de la falta. En el Otro -hallada en los intervalos de su discurso, llevándole a preguntarse ¿qué me quiere?, ¿puede perderme?-, y en él mismo -al estar en juego su propia desaparición-, de forma que una falta tapa la otra, inscribiéndose en tanto nombramiento de un vacío, deviniendo causa del deseo.

La complejidad de estos procesos, con la intervención del deseo del Otro, lleva a preguntarnos por las posibles vicisitudes que pueden presentarse y a interrogarnos sobre sus consecuencias y el alcance de sus implicaciones.

La operación de separación permite al niño perfilarse como sujeto aunque siga manteniendo una relación fusional con la madre -lugar del lenguaje-, identificándose al *falo* en tanto supone que es lo que a ella le falta, eludiendo la mediación de la castración al tiempo que la convoca en el terreno de la oscilación dialéctica de “ser o no ser el falo”, de forma que el sostenimiento de esa ambigüedad moviliza al niño hacia una estrategia defensiva (identificaciones perversas) para evitar la castración, negando la privación materna del objeto fálico.

El sujeto perverso, en su peculiar posicionamiento frente a la castración, intenta inscribirse como sujeto mediante un montaje lógico que da cuenta de su relación íntima con el goce, interrogándose por la posibilidad de que algo del cuerpo no haya sido tomado en el proceso de alienación en tanto operación que produce la disyunción cuerpo-goce, no dejará de buscar el reencuentro con ese goce, al precio de no saber qué hacer como sujeto, tendiendo a quedar a la mitad de camino de aquello a lo que apunta.

Así como la neurosis se operan dos disyunciones (cuerpo-goce como apertura a la dimensión del sujeto entre el cuerpo y el goce; y el objeto a como cierre) que determinan la exclusión del “je” del goce a favor del “yo” del goce renunciado, en un trayecto que va de la alienación a la separación, desembocando en la confrontación con el Deseo del Otro, donde el sujeto pone en juego su propia existencia; en la perversión se trata de un sujeto reconstituido de la alienación a condición de constituirse como instrumento de goce.

El sujeto perverso, en vez de situar su propia pérdida en el Otro (neurosis: colocando su ser entre el significante unario y el binario), coloca su ser como instrumento de goce, situándose como objeto de la pulsión, invirtiendo la fórmula del fantasma al colocarse, con voluntad de goce propio, en la posición de objeto del Otro.

La posibilidad de que el niño, a través de la Metáfora Paterna, pueda establecerse como Sujeto y no solo como objeto del deseo del Otro, opera en función de lo reprimido primordialmente, asegurando el pasaje de lo real a su simbolización por el lenguaje o, en sentido inverso, sin la operación inaugural de lenguaje en la que el niño se esfuerza por designar simbólicamente su renuncia al objeto perdido, reprimiendo el significante fálico (deseo de la madre), construyendo un anudamiento entre lo imaginario y lo simbólico, no sería posible que el sujeto efectuara la Metáfora Paterna a través del significante del Nombre del Padre inaugurando la alineación de su deseo en el lenguaje.

Situarse fuera del significante, de forma que el Otro permanezca como radicalmente Otro, como pura exterioridad, se corresponde con el autismo en tanto la alienación no ha tenido lugar y el sujeto no ha podido hacer suyo nada del Otro. Para la psicosis podría afirmarse que el psicótico, si bien está en el lenguaje, está fuera del discurso.

Estructuras clínicas y tartamudez

La forma en que el sujeto se sitúa ante la castración determina su posición subjetiva, encontrando correspondencia en las estructuras clínicas: represión de la castración (neurosis), renegación (perversión) y forclusión (psicosis).

Cada estructura da una función diferente al lenguaje. Así, la incidencia de la tartamudez en la psicosis es prácticamente nula y, en todo caso, la función del lenguaje en la tartamudez se presenta bastante alejada de la convicción y certeza del delirio paranoico, de la apabullante “realidad” de una alucinación o de la ausencia radical del sentido de la vida en una psicosis maníaco-depresiva y, en general, de la falta de sentido del lenguaje psicótico.⁹

Según Amparo Cabrera, la tartamudez puede emerger en una estructura perversa o neurótica y, en tanto la Metáfora Paterna inaugura un camino de la significación –en la neurosis o en la perversión-, la tartamudez podría pensarse como un índice de la función paterna.

Las diferencias internas entre los grandes dominios clínicos –neurosis, psicosis y perversión- determinan relaciones de exclusión, pero no de exclusión recíproca equivalente. Así como entre neurosis y psicosis la diferencia estructural es neta –el neurótico dispone de una serie de referencias simbólicas reguladas, mientras que el psicótico se encuentra en la catástrofe subjetiva de un mundo sin ley-, las fronteras entre neurosis y perversión son menos tajantes y no del mismo orden, de forma que existen neuróticos con rasgos de perversión –en la sexualidad misma hay una virtualidad perversa- y sujetos perversos cuyos “síntomas” son de apariencias neurótica.

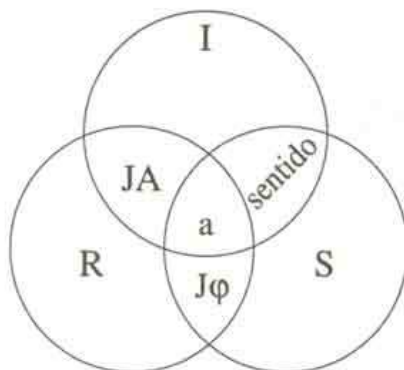
El nudo borromeo y el goce

Si bien el falo y el Nombre del Padre nos permiten entender de qué lado está cada estructura, hay algo que se escapa: el goce, que va más allá del falo. Lacan, ante la especificidad del goce de la mujer y la imposibilidad de escribirlo, inventa el nudo borromeo para escribir lo real, reordenando los registros (R-S-I)¹⁰, formalizando la estructura del sujeto.

⁹ A. Cabrera, *Una paradoja del habla. La tartamudez*, expone que, según un estudio realizado en 1955, la incidencia de la tartamudez en enfermos hospitalizados en centros psiquiátricos oscila el 0,28% y el 3,2%, si bien habría que considerar que en estos centros no sólo se encuentran psicóticos. Asimismo, la tartamudez en psicóticos diagnosticados es prácticamente nula.

¹⁰ Para Lacan, si bien forma no estricta, el lenguaje se corresponde con lo simbólico (S) y la imagen con lo imaginario (I), de forma que lo simbólico posee primacía sobre lo imaginario, teniendo poder estructurante, mientras lo imaginario se corresponde con lo estructurado. Lo real (R), al menos una parte significativa del

El nudo borromeo, formado por tres consistencias equivalentes entre sí, representa el anudamiento de los tres registros, delimitando un agujero central irreductible (*objeto a*). La propiedad –borromea- que define el anudamiento es que si cortamos una de las cuerdas del nudo, las otras dos quedan sueltas.



El nudo escribe lo real de la estructura del sujeto, recortando los goces que lo atañen. Así, en la intersección entre lo real y lo imaginario, se recorta el goce del Otro (JA): goce fuera de la lengua, fuera de la palabra, remitiendo por añoranza al goce incestuoso. La angustia aparece situada allí donde lo real acciona en lo imaginario.

En la intersección entre real y lo simbólico se ubica el goce fálico ($J\phi$), del lado de lo simbólico: goce fuera del cuerpo, goce de la palabra. Como eficacia de la acción de lo simbólico en el registro de lo real, ubicamos al síntoma.

En la intersección entre simbólico y lo imaginario se recorta el “sentido”, del lado de lo imaginario, que se inmiscuye en lo simbólico, produciendo la inhibición, que es siempre asunto del cuerpo, o sea de las funciones. La inhibición es la introducción en una función de otro deseo diferente del que la función satisface de manera natural.

Fantasma, neurosis y perversión

Freud escribió acerca de la neurosis como el negativo de la perversión, de forma que “el neurótico fantasea lo que el perverso actúa”. Tras todo acto perverso y todo síntoma neurótico obran fantasmas que no se diferencian en cuanto a su contenido, sino en cuanto a su uso; lo que en términos lacanianos equivale a sostener que el fantasma habitante en las estructuras neuróticas es perverso.

El fantasma neurótico dispone de tres estrategias para soslayar la angustia de castración: convertir el deseo en imposible (obsesión), hacer síntoma en el cuerpo a través de la conversión (histeria) o trasladar la angustia a un objeto externo (fobia).

mismo, se sitúa en una posición de exclusión interna respecto a lo simbólico, no cediendo a sus intentos de asimilación, por ejemplo a través del síntoma, y manteniendo su carácter de exigencia pulsional.

El sujeto perverso –en el sentido psicoanalítico- reniega de su noción de la madre como deseante, como faltante, esforzándose en no extraer consecuencias significantes acerca de su saber sobre esa falta, renegándola, intentando proveer al Otro de lo que quiere como forma de ponerse a salvo de la castración.

El acto perverso es el recurso fundamental del sujeto para obturar el agujero en el Otro, recreando el goce mítico en un intento de volver al Uno (A + a) anterior a toda división sexual. Para Lacan, la perversión interviene a nivel de la disyunción entre cuerpo y goce, en un intento de volver a juntar lo que separó el significante¹¹.

El significante, su adquisición por el sujeto, es el testimonio de la posibilidad de la ausencia, de la incompletud del Otro, rompiendo la estrategia perversa de no querer saber nada e incluso tapar la falta del Otro.

Pulsión, neurosis y perversión

Para Freud, la pulsión es una fuerza constante, experimentada por el sujeto como una necesidad a la que no puede sustraerse por proceder de una fuente externa. Lacan establece una conexión entre la demanda y la pulsión, que se inscribe como una “dimensión radical de la demanda”.

Así como el deseo es “excéntrico a la satisfacción”, estando asociado por estructura a la falta, la pulsión está asociada a la satisfacción, pasando por el código del Otro, es decir, por el desfiladero del significante. Lacan sitúa la pulsión en el registro simbólico, relacionándola con la demanda: $\$ < > D$. No obstante, como mencionábamos con anterioridad, deseo y pulsión son los articuladores clínicos fundamentales.

En la histeria, la identificación con otro deseante permite al sujeto sostener su propio deseo, en la neurosis obsesiva el sostenimiento del propio deseo encuentra dificultad frente al deseo del otro, en la fobia en sujeto se ve enfrentado a su condición de objeto en la relación con el Otro. En la perversión, sin embargo, la satisfacción no se juega en ser reconocido simbólicamente como sujeto –neurosis-, sino en la dimensión del sujeto en tanto objeto: de miradas, de golpes, etc.

La actividad pulsional está marcada por el “hacerse”, no siendo sólo autoerótica –su recorrido parte de y llega a la zona erógena-, sino masoquista: hacerse hacer algo por el Otro. Este “hacerse” permite ver las características peculiares del objeto que queda contorneado en cada caso. Así como el objeto oral es una demanda *al* Otro y el objeto anal es una demanda *del* Otro, la pulsión escópica tiene por objeto la mirada y la pulsión invocante el objeto voz, siendo necesario el Otro.

Los objetos mirada y voz implican la dialéctica del deseo, siendo la mirada el objeto que mejor evita la castración, que mejor la elude en tanto la falta no queda representada, quedando escondida bajo la actividad especulativa: fantasma perverso. La pulsión invocante, cuyo objeto es la voz, es la que más nos acerca a la estructura del inconsciente

¹¹ J. Lacan, *La lógica del fantasma*.

como hiancia. La zona erógena implicada es el oído, que se caracteriza por no cerrarse, a diferencia de las restantes.

Lacan (*Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*) considera necesario introducir al Otro para pensar la perversión, planteando que al intervenir el Otro, el sujeto se da cuenta de que hay un goce más allá del principio del placer. *Otro* que no funciona como totalidad sino *degradado a la función de objeto*, sirviendo de “excusa” de la pulsión para hacer su trayecto, porque el verdadero objeto es, en realidad, ese hueco, ese vacío que queda contorneado y que permite que la pulsión regrese a su fuente.¹²

Hipótesis sobre la causalidad psíquica de la tartamudez

Quedó argumentado que el núcleo del primer momento edípico da cuenta de la identificación del niño –todavía en relación fusional con la madre- con el objeto fálico, eludiendo la mediación de la castración al tiempo que convocándola en la oscilación dialéctica de “*ser o no ser el falo*”.

El sostenimiento de esa ambigüedad –ser o no ser- moviliza al niño hacia una estrategia defensiva (*identificaciones perversas*) para evitar la castración, no cejando en reproducir y conservar la ilusión subjetiva en que se encuentra capturado, negando la privación materna del objeto fálico y su propia separación de ese objeto al que se encuentra identificado.

La mediación paterna lleva al niño a cuestionar su identificación fálica y a renunciar a ser el objeto de deseo de la madre, también sometida a la ley del padre, con efecto estructurante para el sujeto, requisito para acceder a la simbolización de la ley, poniendo fin a la rivalidad fálica y posibilitando, a través del acceso al lenguaje, el dominio simbólico del objeto perdido.

Por ende, eludir el cuestionamiento de la identificación fálica, bien negándose a la castración de la madre, bien por encontrarse ante una propuesta de relación fusional por parte de una madre que no suscribe la ley paterna, o por una función paterna insuficiente, dificulta el establecimiento del niño como sujeto, manteniéndose como objeto del deseo del Otro.

Al no registrarse la represión del significante fálico, es decir, del deseo de la madre, no se produce el suficiente anudamiento estructurante entre lo imaginario y lo simbólico, de forma que lo real no es simbolizado por el lenguaje. Dicho de otra forma, la renegación de la castración soslayando la operación simbólica de la Metáfora Paterna tendrá como consecuencia para el sujeto la dificultad para alienar su deseo en el lenguaje como forma simbólica de designar el objeto perdido, abocándose a lo pulsional y a la proliferación de lo imaginario, momento de la *Tyché* y espacio del espejo.

La pulsión escópica y la pulsión invocante, en mutua reciprocidad si no en asociación sinérgica, adquieren especial relevancia en tanto se presentan como la alternativa a la

¹² Osvaldo Umérez: *Lecturas freudianas: la pulsión*.

palabra, no por la insuficiencia del símbolo y de la cadena significativa para producir una significación total, sino por su rehusamiento en tanto “la palabra mata la Cosa”.

La pulsión invocante conmemora la renegación a través del objeto voz como suplemento del lenguaje para hacer existir e intentar completar al Otro de lenguaje. La pulsión escópica, mediante el objeto mirada, eludiendo la castración tanto por la vía de dar consistencia a lo fantasmático –remisión al estadio del espejo–, como de camuflar la propia falta en la completud especular del Otro y, en todo caso, propiciando una deriva a lo imaginario.

Espacio para la imagen, no para el símbolo. Escenario para la reposición de la identificación imaginaria con el Otro del lenguaje y posibilidad para jugar a colmar al otro con la intención de completarlo, de convertirlo en no faltante, situándolo en posición de objeto, no de sujeto, como estrategia del sujeto para rehuir de la castración.

Apuesta por lo especular y el lenguaje –imaginario- y no por la palabra –símbolo-, por no desistir del intento perverso de constituirse en el falo de la madre, desentendiéndose del Nombre del Padre y, en consecuencia, de la posibilidad de inscribirse en lo simbólico.

Quedan dos grandes cuestiones por aclarar. La primera surge al situar la tartamudez en la estructura perversa y consiste en esclarecer el porqué de la elección o preferencia de este tipo de goce perverso y no de otro –fetichismo, sadismo, masoquismo, etc.-; y la segunda, articular el bloqueo tartamudo con el goce.

Para responder a la primera cuestión nos apoyaremos en el “Cuadro de las operaciones subjetivas”¹³, que Lacan utiliza para situar la falta en los tres registros: la castración simbólica, la frustración imaginaria y la privación real.

OPERACIÓN	AGENTE	FALTA	OBJETO
Castración Simbólica	Padre Real R	Deuda Simbólica S	-φ I
Frustración Imaginaria	Madre Simbólica S	Daño Imaginario I	Objeto Real R
Privación Real	Padre Imaginario I	Agujero Real R	Φ S

En el caso de la castración la falta es la deuda simbólica y se trata de una operación simbólica. En la frustración, la falta es el daño imaginario y se trata de una operación imaginaria. En la privación, es un agujero y se trata de una operación real.

La frustración, en tanto operación imaginaria, implica que algo de lo especular se pone en juego y lo que se produce en tanto a la falta es un daño imaginario, siendo el objeto real, teniendo como agente a la madre simbólica, donadora y omnipotente, completa.

¹³ Lacan, J. *La relación de objeto*.

Para explicar la falta en lo imaginario y qué significa el daño imaginario es necesario ubicar la relación entre el Otro y el sujeto en relación con la demanda y el deseo. Lacan, para ilustrar la operación subjetiva de la frustración utiliza como ejemplo el seno real.¹⁴

Así como la demanda de ser amamantado responde a la de dejarse amamantar y el rehusamiento a serlo preserva el Deseo –anorexia-, por el contrario, si una demanda es respondida con un deseo: “déjate amamantar” o “déjate dar de comer”, el deseo, en lo imaginario, que responde a esta demanda es: “quiero absorberte” o “quiero comerte”.

La producción de un accidente por la vía de la irrupción de lo real en un objeto muy particular –caso del seno-, interrumpiendo la donación, provoca una ruptura, deshaciendo la correspondencia ilusoria del Otro omnipotente, que muestra su falla en dar el objeto. Esta retirada de objeto es sentida por el sujeto como un daño al entender no que el Otro no puede dárselo, sino que no quiere hacerlo, determinando que el sujeto se sienta perjudicado en el terreno del amor.

Relacionar la tartamudez con la operación subjetiva de la frustración y situarla en la estructura perversa pone en primer plano la oralidad y la castración, permitiéndonos relacionar, a nivel de la represión primaria, la frustración y el daño imaginario con la emergencia de la pulsión oral, cuyo objeto es la boca, predeterminando y encontrando correlación a nivel de la represión secundaria, donde lo que se dilucida es la castración propiamente dicha en la emergencia de la asociación pulsional, de la pulsión invocante, como intento de tapar la falta en el Otro mediante el objeto voz –a semejanza del velo del fetiche- y de la pulsión escópica como intento de elusión de la castración.

Este orden de cosas, caracterizado por la preeminencia de lo pulsional y la deriva imaginaria, nos permite entender que la palabra –que representa al sujeto- sea postergada por el lenguaje –imaginario y habla vacía-, lo que situaría al sujeto en una especie de locuacidad que, en principio, poco tiene que ver con el bloqueo característico de la tartamudez y que analizaremos más adelante.

En cuanto al Nombre del Padre, apuntábamos para la perversión una operación de desentendimiento que indicaba la existencia de un determinado saber sobre la ley –saber desestimado y renegado en tanto cuestiona el goce fálico-, de forma muy distinta a la psicosis, donde no hay ley. En la perversión, la ley simbólica está soslayada y, en su lugar, aparece la “ley de la madre”, que es una “ley” imaginaria: ley del capricho. Es decir, así como en la psicosis la castración es rechazada, en la perversión es “aceptada a medias”, en una especie de “pero”,¹⁵ no pudiendo, por estructura, rechazar de plano lo simbólico.

Este desentendimiento de la ley, de la que se tiene conocimiento, sin rechazarla, implica en alguna medida que algo relativo a la represión encuentra lugar en la estructura perversa, permitiéndonos, en tanto el síntoma representa el efecto de lo simbólico en lo real, relacionar la tartamudez con la neurosis, dando entrada a la repetición no ya en términos de *Tyché* sino de *Automaton*, es decir, de *retorno de lo reprimido*, provocando cortocircuitos a

¹⁴ Si bien no existen estudios específicos al respecto, la práctica clínica y encuestas realizadas a muestras reducidas de sujetos disfémicos, indican que una proporción muy elevada fue objeto de lo que F. Doltó denomina “desamamantamiento abrupto” traducible en una castración “no simbolígena” de lo oral.

¹⁵ Hector Rupolo. *Clínica psicoanalítica de las perversiones*.

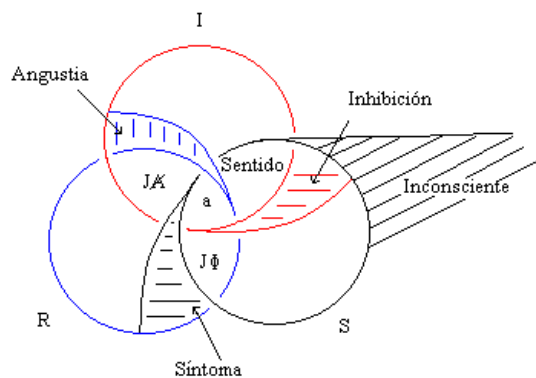
nivel del enunciado, a través de la “*puntada*”¹⁶ en el desarrollo de la articulación significativa.

Este resquicio a la ley en la perversión, en clave neurótica, que impide el acceso a la conciencia de aquello que no puede ser rememorado –con efecto en los procesos enunciativos, abriendo el camino al síntoma–, y el propio requerimiento estructural de la perversión evitando el rechazo pleno de lo simbólico, sitúan la tartamudez, en función del grado de renegación de la ley, como índice de la función paterna.

Para responder a la segunda cuestión, es decir, a la función del bloqueo característico de la tartamudez, retomaremos las intersecciones de los registros en el nudo borromeo en relación con el recorte de los goces: goce del Otro (JA) en la intersección entre lo real y lo imaginario, goce fálico (Jφ) entre lo real y lo simbólico, y el “sentido” entre lo simbólico y lo imaginario.

La inmiscusión de un registro en otro presenta consecuencias específicas. Así, la “angustia” aparece situada como desborde de lo real sobre lo imaginario –del cuerpo–, el “síntoma” como efecto de lo simbólico en lo real, y la “inhibición” como una detención producida por la intrusión de lo imaginario en lo simbólico.

Inhibición, síntoma y angustia, situadas por el nudo borromeo como eficacias de la intromisión de un registro en otro, y que Lacan ubicará como cuarto elemento del nudo borromeo, como aquél que da consistencia a los tres registros. Para ello, entiende la angustia como Nominación en lo real (Nr), el síntoma como Nominación en lo simbólico (Ns) y la inhibición como Nominación en lo imaginario (Ni).¹⁷



La cuestión de la nominación o del *padre como nombrante* permite ubicar una función del padre no subsumida al significante del Nombre del Padre, ni al registro simbólico en tanto tal. Versiones del padre (*père-version*), es decir, nombres del Padre como suplencias del Nombre del Padre, en correspondencia con una nominación real, simbólica o imaginaria,

¹⁶ Asociación de doble intersección entre significante y significado, con primacía del primero, conectando el lenguaje con la dimensión del deseo.

¹⁷ Lacan, en el Seminario XXII, atribuye a la Nominación, ligada a los nombres del Padre, la responsabilidad de anudar los tres registros (RSI). En el Seminario XXIII, ese cuarto registro será el “*sinthome*”, haciendo falso agujero con el símbolo desde partición de lo simbólico en símbolo y síntoma.

La nominación imaginaria (inhibición), a la vez que constituye una intrusión de lo imaginario en lo simbólico, deja espacio para que un real –el goce del Otro¹⁸- se imagine, redoblando la satisfacción imaginaria, es decir, el goce, produciendo la inhibición de alguna función corporal –la fonación, en el caso que nos ocupa- en tanto introduce en ella el deseo de otro como voluntad, encarnándolo, poniendo un órgano a su servicio.

En esa línea, el bloqueo responde a un plus de goce, exterior e incluso opuesto al “sentido”, como goce de la Cosa. Plus de goce que excede al espacio de recorte en la intersección entre simbólico e imaginario, es decir, goce no ya del plano imaginario en la pareja del yo con el otro (o...o'), procedente del yo, sino como satisfacción de lo real, inhibiendo la pulsión invocante, la voz, reduciéndola a cuerpo.

Bloqueo como muestra visible de oblación para la aparición triunfante del Otro, mostrando, a través del espasmo del acto de habla tartamuda, cómo el cuerpo agoniza de placer, de goce extremo por la posesión a que se entrega,¹⁹ a la vez que dando cuenta de la angustia ante lo insoportable de esa extrema realización de goce que desaloja al sujeto, convirtiéndolo en objeto.

Recapitulando, tenemos el sostenimiento de la ambigüedad de “ser o no ser el falo” como estrategia defensiva para evitar la castración mediante una identificación perversa; el soslayamiento de la Metáfora Paterna, con la consecuente dificultad para alienar el deseo en el lenguaje; la abocación a lo pulsional, postergando lo Simbólico –palabra- a favor de lo Imaginario –lenguaje- como fuente de goce; y el redoblamiento del goce a través del “plus de goce” al dar entrada a lo Real, imaginariándolo, mediante la inhibición de la función fonadora, poniéndola al servicio del Otro.

Cabe plantear en qué términos se relacionan el goce y el plus de goce, es decir, si lo hacen estableciendo una relación de complementariedad o de suplementariedad o, por el contrario, de sustitución o de exclusión. En ese sentido, Lacan, al definir el plus de goce, afirma: “el plus-de-goce es función de la renuncia al goce por efecto del discurso”²⁰, permitiendo establecer una alternancia lógica entre el goce imaginario –que implica al sujeto-, a través del lenguaje, en el campo de lo intersubjetivo, y el plus de goce de lo real, imaginario en el cuerpo a través de la inhibición, consecuencia de la renuncia al goce por el discurso.

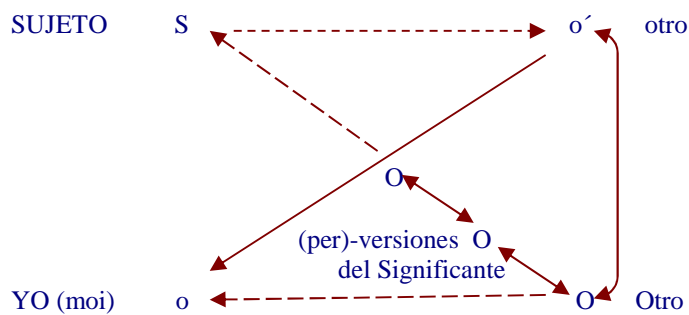
El Esquema L y el goce perverso

Si aprovechamos el esquema lacaniano de la intersubjetividad –Lambda- para representar la tartamudez o, mejor dicho, lo previo al acto de habla tartamudo, el resultado sería el siguiente:

¹⁸ Lacan sitúa el “goc del Otro” entre los registros Imaginario y Real y por fuera de lo simbólico. Se trataría de un Otro tenido por no barrado y que es vivido como alguien que puede gozarnos sin restricción.

¹⁹ En el Seminario XVI, Lacan afirma que “el perverso se consagra a tapar el agujero en el Otro... siendo partidario de que el Otro existe”, convirtiéndose en creyente del Otro y, sobre todo, del goce del Otro, sin barra.

²⁰ “De la plusvalía al plus de goce”, del Seminario inédito “Del Otro al otro”.



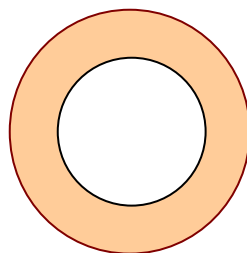
A primera vista, lo que más destaca es la variedad de posiciones del Otro en el vector que parte de O –tesoro de significantes- en dirección al eje imaginario, y que da cuenta de la coagulación simbólica operada en función del grado de acercamiento del agente simbólico al eje imaginario. Posiciones que dependen de la decantación del sujeto por la relación imaginaria, en detrimento de lo simbólico, encontrando su contrapeso en aquello de la enunciación paterna –Nominación en lo imaginario (Ni) como una suplencia del Nombre del Padre-, que no está sujeto al capricho materno.

Es importante resaltar la dinámica del desplazamiento eventual del Otro –lugar del significante- al lugar del otro, imaginariándolo en función del acercamiento del Otro al eje imaginario.

La adaptación del esquema a la tartamudez deja patente la declinación de la función simbólica, representada por la palabra (O→o), como palabra plena, en favor de lo imaginario, es decir, del lenguaje (o'→o) como palabra vacía. Este aspecto, cobrará especial importancia a la hora establecer el encuadre terapéutico.

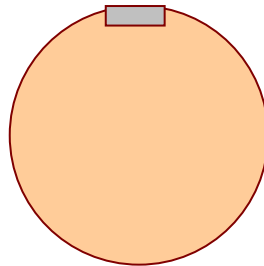
El Toro como representación topológica de la neurosis. La esfera y la psicosis.

La figura del Toro sirve para mostrar la topología y dinámica psíquica de la neurosis, representando lo Real como la cara interior de la figura volumétrica, mientras que lo Imaginario constituiría la cara exterior y el agujero central –parte de la cara exterior- representaría el registro de lo Simbólico (consecuencia de la castración) por donde han de pasar las líneas de lo imaginario para adquirir naturaleza simbólica, funcionando al modo de la banda de Möbius, necesaria en la estructura del ser parlante y su continúa formulación de demandas. El Toro representa la posibilidad de que la demanda pueda realizar siempre un recorrido diferente.



Para la psicosis, en tanto estructura determinada por la forclusión del Nombre del Padre, la representación topológica se corresponde con una esfera, sin espacio propio para el registro

Simbólico, “entremezclado” con lo imaginario-, de forma que el NP pasa a la cara interior de la esfera, es decir, a lo Real, mientras que la exterior estaría conformada por circuitos simbólico-imaginarios. Se trata de una figura a-möebiana, si bien al menos le falta un punto –suturado por una especie de parche- cuya falta implica la eclosión de lo Real (brote psicótico) por el desgarramiento de la esfera, produciéndose una discontinuidad en el discurso simbólico-imaginario (yoico) que el delirio intentará volver a parchear.²¹



El Toro y el plus de goce: el tartamudeo

La teoría dice que la estructura del ser parlante requiere una estructura möebiana y que caso de completarse, de cerrarse, buscaría un punto de abertura. Una afluencia masiva de elementos imaginarios podría suponer un riesgo para el agujero de lo simbólico, tendiendo a la conversión del Toro en Esfera.

Hemos expuesto que la tartamudez aporta un plus de goce como función de la renuncia al goce por la vía del discurso, es decir, como paso del goce al plus de goce, estableciéndose como goce límite que, sin embargo, termina cediendo ante lo insoportable de la angustia por la acción de lo real en lo imaginario, revirtiendo al goce del fantasma perverso, estableciéndose un bucle²² que podría representarse como sigue:



²¹ Según estas hipótesis (Héctor Rúpulo, *Clínica psicoanalítica de las psicosis*), los circuitos simbólico-imaginarios pueden entenderse al considerar que los significantes en la psicosis, si bien diferenciados, no operan en relación de oposición sino por diferencia a nivel de significado, dando cuenta de algo así como del orden imaginario “encajado” en lo simbólico, donde la palabra está asimilada al imaginario y el significante opera como signo. Así, en la superficie de la esfera reinaría la palabra vacía.

²² Desde la clínica se constata el estupor de los pacientes –con tartamudez leve o moderada- ante el hecho de que su habla alterne, según los días, entre la fluidez y los bloqueos, siendo muy frecuente que el inicio de la jornada o algún acontecimiento marque la fluidez/bloqueo del resto del día.

Implicaciones clínicas

El abordaje terapéutico de la tartamudez desde el dispositivo psicoanalítico clásico, apoyado en un encuadre orientado a favorecer la transferencia a través de la ausencia de mirada y la abstención del analista, sitúa la dirección de la cura en el camino hacia el Deseo.

La marcada deriva imaginaria y emergencia pulsional en que discurren las relaciones intersubjetivas del sujeto tartamudo, privilegia el lenguaje en tanto habla vacía -en términos de goce- y la correlativa irrupción de lo real precipitando un plus de goce -en el cuerpo- como función de renuncia al goce imaginario, dando paso al acto de habla tartamuda, devaluando la eficacia terapéutica del dispositivo psicoanalítico orientado a la producción de habla plena (O→o).

La dirección de la cura, orientada hacia el paso del “deseo” al “Deseo”, es decir, del falo imaginario (registro imaginario), al falo simbólico (registro simbólico), operación, favorecida por el encuadre analítico, encuentra serias dificultades en lo tocante a la construcción del fantasma por un analizante ubicado no ya en lo imaginario del lenguaje, en perjuicio de lo simbólico de la palabra, evitando aparecer representado en lo que dice, sino en la inhibición de una función, la fonación, en detrimento de la pulsión invocante, a favor de la imaginarización en el cuerpo de lo real del Otro: plus de goce.

En ese sentido, partiendo de la hipótesis de que el plus de goce determina la tartamudez y que ésta encontraría su causalidad psíquica en cierto fracaso de la represión originaria (pérdida del cuerpo en el paso de ser hablados a hablar), operando como vuelta a la presencia del cuerpo perdido; el psicodrama freudiano -cuya matriz se encuentra en el *fort-da-* como “terapia de lo imaginario”, permite cuestionar y reformular las identificaciones a través de la representación de todo tipo de construcciones imaginarias y, más concretamente, las que se originan en el estadio del espejo,²³ situando al sujeto ante su falta y haciendo aparecer la castración.

Según Gennie y Paul Lemoine -principales teóricos e impulsores del psicodrama freudiano de orientación lacaniana-, en el momento en que el niño constituye a la mirada de la madre como ideal se pierde como ser de deseo. En el grupo de psicodrama el espejo se rompe por las miradas de los otros que transforman todos los fragmentos significantes en rasgos de discurso, dando paso a la palabra como algo capaz de restituir la unidad al sujeto.

Los objetivos del psicodrama son los mismos que los del análisis, sin embargo, mientras en el psicoanálisis el sujeto choca en su demanda con la abstención del analista -objeto de la transferencia-, el psicodrama confronta el objeto de identificación -que se considera interior- con la persona exterior que constituye su soporte y su origen: padre, madre, hermano, etc.,²⁴ actualizándolo y resignificándolo.

²³ Gennie y Paul Lemoine (*Teoría del psicodrama*), afirman que en el grupo de psicodrama se resumen el vientre materno y la casa paterna.

²⁴ Gennie y Paul Lemoine. *Jugar-Gozar. Para una teoría psicoanalítica del psicodrama*.

La conjunción de psicodrama y análisis puede constituir, especialmente en patologías derivadas un sostenimiento de las identificaciones basadas en relaciones especulares y de episodios de una desbordante imaginarización de lo real –caso de la tartamudez-, un dispositivo terapéutico muy adecuado en tanto el psicodrama apunta hacia una reformulación subjetiva de lo imaginario mediante la exposición del cuerpo a las miradas, facilitando el “hacer” tanto en términos de expresión corporal como de palabra, pudiendo anticiparse a la emergencia de la asociación pulsional escópica e invocante –deriva imaginaria- y a la posterior irrupción de un plus-de-goce, evidenciado por la tartamudez, como goce del Otro; favoreciendo el progreso en el análisis.

En referencia al tratamiento psicodramático de la tartamudez infantil, cabría cuestionar determinados aspectos teóricos poco o nada discutibles en la terapia de adultos. Así, limitar el juego a la representación de acciones ya vividas, excluyendo la ficción, si bien posee pleno sentido en los grupos de mayores, sobre todo para no impulsar actings, puede resultar contraproducente en los grupos de niños en tanto para ellos se trata del “aquí-ahora”, es decir, del presente, encontrando serias dificultades para recordar y representar escenas de este tipo, mostrando, al contrario, predisposición a expresar y representar escenas de ficción que, por otra parte, dan cuenta de la constitución de su fantasma –a excepción de los niños psicóticos-, facilitando el afloramiento de lo inconsciente.

Por último, plantear o descartar la idoneidad terapéutica de un grupo compuesto sólo por participantes tartamudos, es decir, monosintomático -muy expuesto a demarajes imaginarios tanto desde el lado oblativo como del agresivo, ambos en relación con el narcisismo inherente a una fuerte identificación especular y con episodios de angustia- o, por el contrario, optar por un grupo polisintomático, dando cabida a una mayor diversidad de tipos en el campo de las identificaciones.

Eduardo Gallego Calvo

El artículo “Causalidad psíquica y topología de la tartamudez. Consecuencias Clínicas”, fue publicado en el núm. 11 de la Revista de Psicoterapia Psicoanalítica (Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica), en marzo de 2012.

BIBLIOGRAFÍA

- CABRERA VALLET, A. (1994). *Una paradoja del habla. La tartamudez*. Universidad de Valencia: LinX.
- CHEMAMA, R. y otros (2004): *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- DOLTÓ, F. (2002). *Seminario de psicoanálisis con niños*. México: Siglo XXI.
- DOMÍNGUEZ, M-E. (2010): *Nudos de la apropiación*. Aesthethica (Revista internacional de estudio e investigación interdisciplinaria sobre subjetividad, política y arte), núm. 2: <http://www.aesthethika.org/Nudos-de-la-apropiacion-aplicacion>
- DÖR, J. (1997): *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como un lenguaje*. Barcelona: Gedisa.
- DÖR, J. (1996): *La psicosis lacaniana. Elementos fundamentales del abordaje lacaniano de la psicosis*: <http://www.apdeba.org/publicaciones/1996/03/pdf/Dor.pdf>
- FREUD, S. (2003). *Las pulsiones y sus destinos*. O.C. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (2003). *Lo inconsciente*. O.C. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (2003). *Más allá del principio del placer*. O.C. V. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- LACAN, J. (1966) *La lógica del fantasma* (Seminario XIV). Inédito.
- LACAN, J. (1975) R.S.I. (Seminario XXII). Inédito.
- LACAN, J. (1983). *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (Seminario II). Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1987). *Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Seminario XI). Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1995). *La relación de objeto* (Seminario IV). Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1999). *Las formaciones del inconsciente* (Seminario V). Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (2007). *El síntoma* (Seminario XXIII). Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (2008). *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis* (Escritos I). Buenos Aires: Siglo XXI.
- LEMOINE, G. y P. (1996). *Teoría del psicodrama*. Barcelona: Gedisa.
- LEMOINE, G. y P. (1997). *Jugar-Gozar* (1997). Barcelona: Gedisa.
- NASIO, J. D. (2001). *La mirada en psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.
- RUPOLO, H. (2000). *Clínica psicoanalítica de las psicosis*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- RUPOLO, H. (2006). *Clínica psicoanalítica de las perversiones*. Buenos Aires: Nacal.
- UMÉREZ, O. (2011). *Lecturas freudianas: la pulsión*. Barcelona: IAEU.